

mallorquina respecto al exterior, como del conjunto de modelo especulativo que se impone en Mallorca.

Cerca de un tercio del libro está dedicado a apéndices estadísticos que serán agradecidos por todos aquellos que deseen discutir en el conocimiento de Mallorca. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

La novela cifrada de Javier Tomeo

CON un solo párrafo, larguísimo párrafo que se deja leer al tirón (1), Javier Tomeo da la vuelta a la realidad como los pescadores dan la vuelta a las cabezas de los pulpos. Las formas posibles de esa realidad, descubiertas desde una perspectiva inusual (desde la no-existencia, desde el otro lado del espejo, desde el retiro voluntario), se desmoronan a medida que el protagonista-narrador-coautor imagina nuevas posibilidades.

Lo extraño del relato de Tomeo (a saber dónde están los límites entre el relato extenso y la novela corta) está cifrado, probablemente, en su extraño asunto y estructura: El marqués W da instrucciones a su criado, Bautista, para que lleve una carta al conde O. Las instrucciones constituyen el cuerpo único de la novela. Un breve inciso entre guiones —“me dijo aquella mañana el señor conde—” traslada artificialmente el papel de narrador al receptor de estas instrucciones, el criado.

En este cuerpo único —monólogo amenísimo— se incrustan todos los elementos que configuran el relato: la autodescripción del emisor de la carta (poco a poco se va perfilando como un aristócrata algo maniático, voluntariamente aislado durante veinte años, que vuelve a sentir el deseo de conectar con el mundo), su breve y voluble concepción del mundo, sus relaciones con los demás —empezando por el criado—, el objeto y contenido de la carta... Como línea básica del argumento subyacen las distintas posibilidades que pueden ocurrir al criado —según imagina el marqués— desde el momento en que salga del castillo hasta el momento en que, tras entregar la carta, obtenga una respuesta.

(1) Tomeo, J., El castillo de la carta cifrada, Barcelona, 1979. Anagrama (Contraseñas, 22).

Es, en realidad, esa respuesta, ese “feed-back”, lo único que está buscando el remitente del mensaje. Sus veinte años de soledad voluntaria desembocan en la necesidad de reiniciar un diálogo con el exterior que le permita

reafirmarse, revivir, demostrarse a sí mismo que sigue existiendo. Es el único objetivo de la carta, que no tiene en sí contenido alguno (está escrita, expresamente, de forma ininteligible, hasta el punto que ni el propio

autor la puede traducir), es la única moraleja: el diálogo como acto de presencia individual, como reafirmación.

Posibles trascendencias temáticas aparte, la novela viene a ser un juego, un ensayo, entre lógico

HIC ET NUNC

Antologías emergentes

DESDE distintas partes del planeta intelectual español se nos amenaza, aquí y ahora, con la publicación de nuevas antologías de la “nueva” generación poética de este maltratado país de las maravillas. Lleva sobre nosotros la amenaza de una taumaturgia sin parangón: la idea de muchos escritores que desprecian la soledad del corredor de fondo para amparar una obra —la suya—, las más de las veces mediocre, en el bosque de la colectividad. Se gana, de esta manera singularísima y pícaro, un nombre en el hit parade literario sin que, en realidad, se hayan hecho suficientes esfuerzos y méritos. Como contrapartida, por mor de los resentimientos que, sin duda, emergen en el contrito corazón de quienes excluidos de la antología se sienten ya en las penumbras del Averno, se suceden las nuevas ideas: contra antología generacional, otra antología generacional donde se incluye a todos los que fueron excluidos de la primera y, naturalmente, se excluye a todos aquellos divinos que fueron incluidos en la anterior. La ceremonia de la creación generacional pasa, pues, por la probeta de la antología en la que quieren ocultar su rostro —indeleblemente marcado por la mediocridad— quienes saben de su impotencia para ser corredores de fondo. El verbo se hace obra colectiva y habita, metamorfoseado en gremio generacional, entre nosotros.

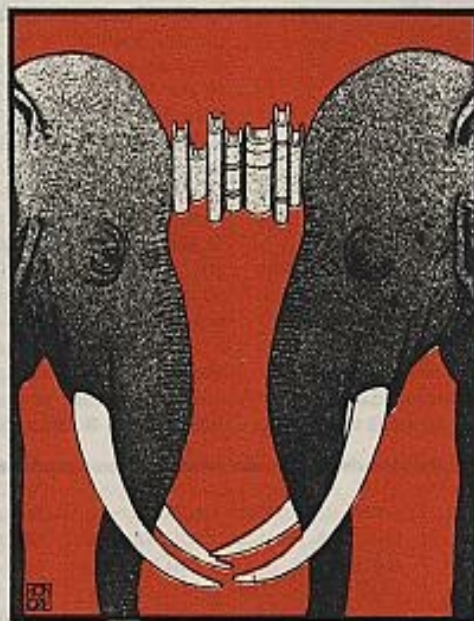
Hace pocos meses salió al público una de estas antologías que encierra las maravillas poéticas de la nueva generación española: como en todas las antologías, ni están todos los que son, ni son todos los que están. Falta rigor y talla literaria y sobra familiaridad, parentesco, amiguismo —inclemente nepotismo de esta provinciana intelectualidad española, cuya pretensión de verse en negritas en las gacetas de los columnistas es más fuerte que sus hipotéticos instintos literarios—. El mayor error de los antólogos no es, sin embargo, el rigor crítico que, evidentemente, brilla por su ausencia, sino la ausencia del futuro Premio Nobel de la generación. ¿Cómo es posible que los antólogos

hayan despreciado su nombre, excluyéndolo de la selección? ¿Acaso al excluirlo a él no se excluyen los valores internacionales de esa posible generación, restándole su mayor importancia?

Hace algunos años, el futuro Premio Nobel de “la generación del 70” me propuso la idea de hacer una de estas curiosas y simpáticas antologías. El se encargaba, naturalmente, de la poesía. Mi juego era la novela. “Pero nosotros nos mantendremos al margen, ¿no?”, le comenté, algo escandalizado. “¿Qué quieres decir?”, contestó con extrañeza el poeta-antólogo.

“Quiero decir que nosotros debemos estar fuera de la antología. Que debemos quedar al margen”, le dije. “¿De ningún modo! Si el objetivo es precisamente el contrario: hacemos la antología para estar nosotros dentro”. La idea quedó sólo en eso: él siguió su irresistible ascensión de futuro Premio Nobel, llenándonos de envidia a toda la generación “nueva”.

Ahora, quienes se sintieron excluidos por la antología recientemente publicada por Cátedra han tomado el camino de Damasco, lanza en ristre y catilinaria al quite: a antología puesta, planteamiento nuevo y nueva antología con el futuro Premio Nobel a la cabeza de los nombres escogidos. No hay mal que por bien no venga; y el que no se conforme es porque no quiere. Una de las consecuencias de esta taumaturgia que no cesa es precisamente la existencia real de una teórica utopía: la sustancia de las generaciones. La rapidez con la que actúan los protagonistas de las antologías es equiparable sólo a la torpeza de aquellos escritores que aún no han entendido que no es mejor poeta quien sea más conocido o, dicho de otro modo, no necesariamente el poeta más conocido es el que mejor escribe. Muchas confunden el trigo sucio con las tómporas. Y otros se plantean la creación literaria como un juego deportivo. Como el tenis, por ejemplo. Lo peor de todo es que esta taumaturgia complace la idea de quienes se sienten solamente cuando generacionalmente existen. ■ J. J. ARMAS MARCELO.



y absurdo, de las distintas estructuras que sustentan lo cotidiano, las distintas opciones que oculta la aparente realidad tangible, la posibilidad de enfrentarse a ese entorno real, lleno de posibilidades, con un plan de ataque, un guión premeditado. En El castillo..., en realidad, no ocurre absolutamente nada, pero puede ocurrir absolutamente todo. Como en la vida; como el concepto de vida que Tomeo —tal vez sin querer— da a entender.

Esta misma situación (el personaje aislado que inicia un diálogo con las distintas realidades posibles-imposibles que lo rodean) se repite en otros relatos del mismo autor (2). También se repiten otros elementos: el humor (que alguien ha situado, con fortuna, entre Kafka y Buñuel), el lenguaje directo (sin alardes retóricos ni barroquismos inútiles), la lógica del absurdo, la personal y algo cinematográfica descripción de movimientos, etcétera. Todo ello desemboca en un producto enormemente interesante, de agradable lectura, al que es difícil encontrar parangón —por sus peculiares características— en la narrativa castellana de los últimos años. ■ CARLOS SANTOS

(2) Javier Tomeo, aragonés, afincado en Catalunya, cuarenta y dos años, abogado y criminalista, habla publicado hasta la fecha numerosos relatos y cuatro novelas: El cazador (1968), Ceguera al azul (1969), El unicornio (Premio Novela Corta Ciudad de Barbastro, 1971) y Los enemigos (1974).

Vietnam, antes del apocalipsis

ERAN los primeros años cincuenta. Comenzaba a activarse la bomba que, en la década siguiente, les estallaría en las manos a los norteamericanos. En ese escenario convulso, del que, poco a poco, iban siendo desplazados los colonialistas franceses, del que, a fuerza de terrorismo, los norteamericanos iban metiendo como una cuña su tercera vía —el títere Ngo Dinh Diem, que les obligaría finalmente a intervenir en la guerra—, Graham Greene construyó una triangular historia de amor y de amistad (a pesar de todo). Fowler, el periodista, cansado, escéptico, pero con buen olfato, formaba uno de los ángulos. Alden Pyle, el joven norteamericano, intrépido, decidido, que es en realidad, camuflado en la Misión de Ayuda Eco-



James Hadley Chase.

nómica, un agente secreto, es el otro. Y en medio, pasando de unas manos a otras, Fuong, la joven vietnamita.

Con estos ingredientes, Greene logró una excelente novela, "El americano imposible" (1). Todavía los jinetes apocalípticos no habían hecho su aparición. Aguardaban. La Libertad, el Mundo Libre —intentaba vencerle Pyle a Fowler— no podía defenderse con franceses como el capitán Trouin, que detestaba bombardear con "napalm". ¿Qué lejos estaba ese infeliz del extravagante general de la película de Coppola que se extasia con el olor del "napalm"!

Coincidencias editoriales han hecho que aparezca esta novela de Greene tras otra, en la que el Vietnam de los años cincuenta es también escenario de la acción. Me refiero a "Un loto para miss Quon", del prolífico James Hadley Chase (2).

Salvo el escenario, poco más tienen en común estas dos novelas. La de Greene es claramente política, mientras que la de Chase no lo es.

A pesar de todo, y eso se ve en las dos novelas, Vietnam es todavía un sitio lo suficientemente lejano y exótico, como para que los occidentales, lejos de la mujer amada/odiada, se dediquen —las mujeres de los occidentales, estilo "Emmanuelle", traen problemas— a disfrutar del amor oriental.

(1) Publicada hace diez años por Alianza Editorial, la ha incluido Bruguera en su recién salida colección de cien títulos de literatura universal. Barcelona, 1980.

(2) También publicada por Bruguera en su interesante colección de novelas policíacas. Barcelona, 1980. Estaba editada desde hace años por Emecé de Buenos Aires.



Graham Greene.

Estas características externas también las posee Fowler, el periodista británico de Greene. Pero además, al contrario de Jaffe, que no tiene ojos más que para los diamantes, el periodista sabe que el tiempo de los colonizadores franceses —él, que pertenece a un país imperialista en decadencia— se ha acabado.

La solución no está en tapaderas como la Misión de Ayuda Económica. La democracia, la libertad, Occidente, el anticomunismo, nos dice Fowler-Greene, no son motivos suficientes como para justificar esa nueva penetración. El viejo Fowler le dice a su amigo Pyle: "Dentro de quince años tal vez no existan ni Nueva York ni Londres, pero éstos seguirán plantando arroz en estos campos, seguirán llevando sus productos al mercado sobre esos palos largos..."

El lector de hoy, que ya conoce en qué acabó la aventura norteamericana, que ya ha visto el personal "Apocalipsis" de Coppola, no tiene otro remedio que agradecer al viejo Greene su clarividencia. Hace veinticinco años escribió una magnífica novela con un mensaje. El tiempo le ha dado la razón. ■ JAVIER GOÑI.

Remilgados, abstenerse

CURIOSISIMO fenómeno: ya no hay críticas que digan que un libro está mal, ni siquiera que no convence. En todas, por contra, relucen expresiones como "un impecable (o implacable, según rigor)". Por eso resulta difícil exponer, más allá de la maraña de tópicos semánticos, las razones por las que una novela lle-

ga no sólo a gustar, sino a refocilar.

El nombre del americano John Irving probablemente, a priori, no dice nada. Y, sin embargo, es autor de una novela de tremenda calidad, "El mundo según Garp" (1), publicada hace ya tiempo entre nosotros y que no ha suscitado, vaya usted a saber por qué, ningún revuelo, y eso que el simple volumen considerable del libro ya debiera de haber alertado.

Nos hallamos ante una novela de esas cuya semilla hemos estupidamente dejado perder los españoles, una obra que enlaza con la gran escuela cervantina anglosajona; de la estirpe de un "Tristan Shandy". Irving disfruta cual cosaco según escribe, y no se anda con remilgos: su relato está lleno de vulgaridad y bastedad, es refrescante en cada página, nos abruma a carcajadas suscitadas por repiques de pedoretas, lluvias de polvos y revoluciones en todos los lodos apetecibles. Diríamos que Irving hace tabla rasa de todo apriorismo sobre mojigaterías o despiantes, y se centra en narrar trepidantemente unas aventuras que no escurren el bulto a ninguna precocidad ni tampoco —y en esa fusión está uno de los más acertados logros— a la autorreflexión estilística; pero todo ello siempre ironizando, que "sonar" serio no puede ser bueno para la salud.

Los diálogos de Irving mantienen también una envidiable marcha que aúna la chabacanería con la utilización del absurdo más quintaesenciado. Diálogos madre-hijo, marido-mujer, amante-amante, feminista-transsexual, escritor-editor: lo que le echen, Irving se atreve a todo y el resultado es un jolgorio loco. Porque, además, tan desproporcionado material nunca lo encara con un barroquismo pernicioso, sino siempre con un humor conciso, misterioso y sensual en su misma reticencia.

Pero "El mundo según Garp" es obra de humor precisamente porque pocas novelas parten del desespero de donde nace ésta. Es novela plagada de violencia, muertes, atentados, violaciones, crueldades. Pasan tantas cosas como en las series americanas de televisión: pero es que además pasa que se ironiza con tantísimo

(1) Argos-Vergara, 1979.